

PRECIOS DE SUSCRICION.

En Salamanca un mes adelantado 2 rs.—3 id. en Provincias.—6 id. en el Extranjero.—Y 12 en Ultramar.

EL SEMANARIO SALMANTINO,

PERIÓDICO ARTÍSTICO-LITERARIO.

PUNTO DE SUSCRICION.

Salamanca, calle de la Rua, número 57.
Anuncios y comunicados a precios convencionales.

REVISTA DE LA SEMANA.

Desde muy antiguo es costumbre en Salamanca que, la víspera de Todos los Santos, á las doce de la mañana en punto, suba un hombre á la torre de la Catedral.

Este hombre particular, á quien las gentes suelen dar el nombre de *El Mariquelo*, tiene algo de fantástico y admirable.

Es el genio de los aires y de las eminencias; pero de las eminencias propiamente dichas.

Es la creacion en resumen de aquellos seres prodigiosos que flotan en el viento, y que solo puede fingir la imaginacion exaltada de Goethe ó de Espronceda.

Es casi un volátil como las águilas y las lechuzas que, en determinados momentos, aparecen sobre las veletas de los campanarios, ó entre los agrietados murallones de un ruinoso castillo feudal.

Es, al primer golpe de vista, un aparecido de carácter diabólico, ante cuya mágica presencia, se santiguarían nuestros abuelos y harían testamento por lo que pudiera ocurrir.

Es una negra figura humana, de la que se ven claramente las piernas y los brazos, y de la cual se duda si habrá nacido del vientre de las nubes para resistir los vendabales y los aguaceros.

Es un nubarron que se interpone entre el sol y la tierra, como si anunciase que vá á tronar y relampaguear de firme.

Es un pajarraco fúnebre, acaso guía ó precursor de una bandada de mosquitos.

Es el Dios de las chimeneas y de los rayos.

Es el que, atendiendo á su elevacion, parece disponer de los aires, las lluvias, las nieves y los pedriscos que tanto influyen en el arbolado y en la sementera.

Es un alma errante que acaso esté llamando á las puertas del Cielo, por si la quieren abrir y perdonarle sus culpas y malas tentaciones.

Es un hombre todo pulmon, que se pasea allí donde la atmósfera no es respirable.

Es tal vez un habitante de la luna que ha bajado á hechar una carta al correo.

Pero habiendosele olvidado el sello de *impuesto de guerra*, se halla indeciso y reflexiona si ha de volver á casa por él, ó pagar cinco céntimos en un estanco nacional del globo terrestre.

Es un aereolito que se halla próximo á dar una explosion, y espera el momento oportuno en que desatarse, con su lluvia de piedra, para magullar á su antojo las cabezas de todos los transeuntes que aquí abajo recorren la via pública, por cuya limpieza y aseo tanto vigila nuestra grandiosa municipalidad.

Es acaso un ser trabajador que levantó su *chitru* en la region de las nebulosidades celestes.

Es una sombra, un pájaro, un fantasma, un cometa, un bólito, un nubarron.

Y es, en fin, una cosa que no se explica; pero que se comprende, porque es *El Mariquelo* con todos sus pelos y señales.

Y al *Mariquelo* ya le conocen ustedes, y ya saben que, la víspera de Todos los Santos, á las doce de la mañana, y al dia siguiente, á las ocho y media de la misma, sube con toda precision y seguridad, á la veleta de la torre de la Catedral para observar sin duda el viento que corre.

Esta ascension prodigiosa, suele verificarse

con un toque de campanas parecido á un toque de arrebato.

Entonces gritan y retozan los chiquillos en medio de la calle, se estremecen las mugeres, algunos vecinos curiosos se asoman á los balcones de sus casas, para mirar á los Cielos con agradable sorpresa, y todos los ánimos se hallan en suspenso contemplando al *Mariquelo*, que se columpia sobre el abismo, sin pensar siquiera que bien pueden resbalárseles los pies, sufrir un desvanecimiento de cabeza, soltársele las manos de donde las tiene agarradas, y venir á parar al suelo, dando un batacazo terrible, con el que se estrallaría, en la misma acera pública, sin que nadie pudiera impedirlo, por muchos esfuerzos que con tal objeto se empleasen, que al fin no serian muchos, pues, ya se sabe á donde alcanza el esfuerzo y el ingenio humano en estas ó parecidas ocasiones.

¡Ah! Si *el Mariquelo* se cayese de la torre, serian horrorosas la ansiedad y la amargura general.

Yo, por mi parte, no quisiera presenciar semejante espectáculo.

Pero pasemos por alto estas ideas lúgubres.

Mas por lo que toca á la costumbre de elevarse *el Mariquelo*, sobre los tejados y chimeneas de la ciudad, dicen algunos que procede del siglo anterior, pues, habiendo sufrido la Catedral una sacudida del terremoto que, por aquella época, se desencadenó con toda violencia en Lisboa, quiso el Cabildo conmemorar con este original recuerdo tan terrible catástrofe.

Otros aseguran que la ascension del *Mariquelo* proviene de una antigüedad mas nebulosa.

Sea de ello lo que mejor plazca, siempre tendremos que nuestro personaje sube á la torre, y no hace muchos años que se gratificaba esta subida con una onza de oro.

¡Quién la viera hoy!

Si fué por lo del terremoto, no comprendo fácilmente la mision del *Mariquelo*; es decir, si así se quiso tener un observador de los fenómenos de la naturaleza y un vigilante de la seguridad pública, para que diese aviso de lo que ocurrir pudiera en una situacion determinada.

En tal caso, en vez de andarse por las alturas, mejor se le hubiera puesto con el oído aplicado á la tierra, para escuchar los ruidos interiores, y avisar á las gentes en cualquier instante de apuro.

En fin, yo presumo que, en la parte histórica del *Mariquelo*, hay un misterio que no alcanza á penetrar el ojo observador del mas atrevido *revistero de la semana*.

Y, entre paréntesis, sepa el lector, para mayor claridad, que, este nombre de *Mariquelo*, era el del primer temerario que subió á la torre, nombre glorioso é inmortal que se han apropiado despues, en las generaciones sucesivas, todos los que treparon, siguiendo las huellas de tan esplendorosa lumbrera de los aires.

Pues bien; las innovaciones que el lujo y la moda han introducido en la ascension del *Mariquelo*, fueron estas:

Primeramente subia á la torre de la Catedral un hombre solo.

Despues subieron dos.

Hoy ya suben, no solo dos, sino tres.

Mañana subirán cuatro, cinco, diez, veinte, sesenta, ciento y hasta mil; en fin, la mar de *Mariquelos*.

Porque los hombres, y sobre todo los españoles, vamos siendo muy aficionados á subir á las eminencias, aun á trueque de caernos despues, y rompernos la crisma de un porrazo solemne.

¡Bendita tierra y bendito pais en que, cada prógimo, pretende elevarse sobre los demás, sin considerar la altura ni los peligros á que se expone!

Pero hablando ahora de un asunto que dá á conocer de otro modo el dia de Todos los Santos, aunque mas bien es propio del siguiente, diremos que la visita hecha al Cementerio, por la poblacion de Salamanca, me ha parecido, segun me temí en mi revista anterior, una romería de la muerte.

A las mismas puertas de aquel santo lugar, se vendian castañas calentilas, agua, confitura y otras menudencias.

El espíritu mercantil de nuestros tiempos se revela en el menor detalle.

Tambien me ha llamado la atención que se implorase la caridad cristiana diciendo:

—*Limosna para las ánimas del Camposanto!*

¡Vea usted ahí! Yo creía que las ánimas no estaban en el Camposanto, sino en el Purgatorio.

Presumo que los que hacian la peticion, tal vez quisieron hablar de esta manera:

—*Limosna para las benditas ánimas del Purgatorio, cuyos cuerpos esperan la resurreccion de la carne, en el Campo-Santo que ustedes vienen á visitar ahora!*

Esto seria un poco largo; pero al menos seria la verdad.

Traslado á la Academia que siempre, en estos asuntos, *limpia, fija y dá esplendor*.

No sé si habré dicho algun disparate, porque hay académicos que ni *limpian*, ni *fijan*, ni *re-lucen*.

Y á propósito de cosas *limpias*:

Ya no quiero hablar de la limpieza pública.

Porque observo que cuando hablo de ella, despiden mis escritos un olor detestable.

No molestaré al lector, por mas que es justo que una y mil veces lo hiciera, á ver si así se adelantaba algo con nuestro indiferente y poco higiénico Municipio.

Sin embargo, hoy, por introducir una reforma en mi *revista*, la ilustraré con un gravado de importancia.

Y con el tal gravado, que representa un animalito popularmente conocido en las papeletas de la rifa de San Anton, pretendo simbolizar la belleza y el aseo que en Salamanca se nota.

Mirenlo ustedes:



Y despues de mirarte, tiendan lavista por las calles de la Capital y saquen ustedes la consecuencia ó deduzcan lo que creyeren mas oportuno.

Cierta persona ha encontrado una carta en la calle de Herreros; pero *sin sobre*; es decir, el sobre estaba en blanco.

Esta carta era una declaración de amor, un sueño fantástico, un *delirium tremens*.

Me viene á la memoria aquello de Camoens:

«Mais quem pode livrar-se por ventura
d'os laços que amor armá brandamente,
entre as rosas e a neve humana, pura
ó ouro é 'o alabastro trasparente?....»

Pero me duele en el corazón que el dueño de esa carta la hubiese perdido.

Porque hay allí secretos de grandísima trascendencia.

Y, sobre todo, las ilusiones de amor no deben morir con el primer soplo de vida.

Así es que, si quiere el interesado conservar sus ilusiones y recoger la carta, acuda á la calle del Rabanal y conseguirá su objeto.

De la compañía de Zarzuela (¡Dios la perdone!) mucho tendría que decir, porque aquello es una barahunda.

¡Lástima de patatas!

Y aquí concluyo mi revista.

Si ha sido *larga* ó ha sido *corta*, ustedes juzgarán... aunque yo por *corto* no me quedo nunca.

Alfredo G. Dóriga.

ALGUNAS VERDADES, Y COMO VERDADES, AMARGAS.

El más terrible enemigo de la mujer es... su amiga íntima.

Me decía en mi juventud un amigo anciano (yo siempre he sido amigo de la ancianidad), cuando quieras saber con exactitud la edad de una mujer, después de preguntársela á ella, preguntádsela á su amiga íntima. Si la primera te dice, veinte años tengo, la segunda te responderá, tiene treinta. Ni veinte ni treinta: su edad son veinticinco años, asegúralo como si hubieses visto la partida de bautismo.

De donde se desprende, que, cuanto quiere favorecerse la mujer, desea perjudicarla su amiga íntima.

¿Lo dudais mis bellas lectoras?—y si no sois bellas, seréis graciosas, y si ni lo uno ni lo otro, amables: la mujer siempre tiene alguna cualidad de ángel, (y vaya, que esta cualidad no es muy amarga) pues venid conmigo á dar un paseo y os convenceréis.

La tarde está hermosa ¿veis? el sol próximo á ocultarse tras de aquellas colinas que á nuestra izquierda se levantan, hiere de soslayo las copas de los árboles, dando á sus hojas el color de la esmeralda: la brisa es suave, tibia, embalsamada; la hora melancólica, casi solemne: todo convida á la intimidad, al cariño, á la confianza, el silencio y la soledad que nos rodea, la entonación de luz, lo templado del ambiente.

Allá, caminando delante de nosotros ¿no veis dos jóvenes, lindas las dos, morena la más alta, rubia como el oro la más baja?

Sigámoslas, acerquémonos cuanto podamos; pero sin llamarsu atención, y podremos oírlas.

A las dos las conozco: la morena se llama Luisa, la blanca Teresa.

Son amigas íntimas.

Ya estamos al alcance de sus palabras: atención.

Luisa. Se me declaró hace cinco días.

Teresa. (para sí y con evidencia.) Que afortunada es esta Luisa. (alto) ¿Sí? ¿Y qué le has contestado?

Luisa. Que le había de contestar. En aquel momento el consabido:—lo pensaré... si V. confirma con los hechos sus palabras... entonces...

etc. etc. y anoche desde el balcón, un sí más grande que una casa.

Teresa. No te alabo el gusto.

Luisa. Pues si es tan buen mozo.

Teresa. Vaya, si no tuviera una pierna torcida.

Luisa. No he reparado, como ahora son moda los pantalones tan anchos...

Teresa. Es que yo lo advertí cuando eran moda los estrechos.

Luisa. Al cabo ese no es un gran defecto. Tiene talento...

Teresa. Eso dicen, pero en su carrera ha tenido tres suspensos.

Luisa. Es bueno.

Teresa. Hasta que saca las uñas.

Luisa. Yo he oído decir que es muy formal.

Teresa. A ratitos.

Luisa. Le conoces?

Teresa. Un poco.

Luisa. Te ha dicho á ti también?...

Teresa. (para sí.) ¡Ojalá (alto y haciendo un mohín desdenoso.) No, hija mía; me previene con tiempo y no se atrevió.

Ambas han quedado silenciosas. A Luisa la mortifica una espina que le hiere el corazón: á Teresa un gusanillo que se lo roe.

Dudas: envidia.

II.

Variemos de decoración y de personajes. Ya no estamos en aquella hermosísima tarde de primavera.

Hace un gris que penetra hasta los huesos. Las calles conservan restos de un manto que ayer fué de esquisita blancura; pero que hoy á trechos es lodo con trozos de hielo.

Es muy molesto andar sobre este piso frío, fangoso y resbaladizo.

Entrémos en esta casa de rica apariencia.

Subamos su ancha y cómoda escalera.

Crucemos el recibidor, una sala, otra: riqueza, elegancia, buen gusto en todo. Hemos llegado al gabinete de la dueña de la casa.

¡Huy, que placer! aquí venden ropa, como suele decirse. Mullida alfombra, abastecida la chimenea.

Silencio, no llamemos la atención de aquellas dos señoras que, una enfrente de otra, ocupaban ambos lados de la chimenea.

Y son hermosas: están en el verano de la vida: el contorno de sus elegantes vestidos de invierno hacen concebir deliciosísimas formas.

Las conocí cuando llenas de alegría, de ilusiones y de esperanzas, abandonando la encantadora estancia de la niñez, entraron en la juventud.

La dueña de la casa se llama Emilia; Pilar la otra: ambas casadas.

Pilar. ¿Qué me cuentas de bueno, amiga mía?

Emilia. Que soy la mujer más feliz del mundo, Pilar.

Pilar. Me alegro infinito, ya sabes cuánto te quiero. Y á qué es debida tanta ventura? ¿prospera en sus negocios tu marido? ¿Se ha metido en política y espera ser diputado? ¿O es amigo de algún ministro y le ha prometido una embajada?

Emilia. ¡Ay, amiga mía! todo eso no aumentaría en nada mi dicha, antes al contrario vendría á turbarla. Digo que soy la mujer más dichosa del mundo, porque mi marido no piensa más que en mí...

Pilar. (para sí) ¡Quién pudiera decir lo mismo!

Emilia. Y en sus hijos. Cada día más cariñoso conmigo y cuidadoso de ellos, su vida es una serie de atenciones y de galantería. Mira, ayer me regaló esta hermosa máquina de costura. Ya sabes sus ideas, oponiéndose á tu parecer y sin hacer caso de tus epigramas, se empeñó en que criase á las dos hijas de mis entrañas, y en verdad que no me pesa; pues ahora, y para eso me ha regalado la máquina, quiere que yo haga sus vestidos. Dice, que no hay modista que

sepa como una madre escoger con lino los trages y adornos para sus hijas; y después que esto entretiene y preocupa inocentemente la imaginación de las que, como yo, somos caseras.

Pilar. En resumidas cuentas, tu marido quiere que después de ser el ama de cría de sus hijos, seas su costurera.

Emilia. ¿Y qué mal hay en ello?

Pilar. ¿Los negocios matólicos de tu marido van bien?

Emilia. Como nunca, tanto que ahora quiere comprar una casita de campo para que las niñas allí corran y jueguen con toda libertad. Asegura que esto hace mucho bien á los niños.

Pilar. No te fies, Emilia.

Emilia. Cómo que no me fie, ¿qué quieres decir con eso?

Pilar. No te ha llamado la atención que tu marido con mucha suavidad—si los hombres son muy malos—con mucho cariño, eso sí, quiere tenerle prisionera, alejada de la sociedad? Antes, con el pretexto de que criases á tus hijos, ahora con el de que las cosas, y no basándole aun, esa quinta ó casa de campo en donde las niñas jugarán, friscarán, y se desarrollarán, y tú allí con ellas, y él, ya se vé, sus negocios, sus compromisos etc. etc., le retendrían aquí, contra su voluntad te dirá, como si lo oyera, pero él aquí se estará. Chica, tu marido es un gran lagarto; quien lo ha de decir con esa cara de bonachón y su franco decir.

Emilia. (ya cuidadosa) Sabes algo?

Pilar. Nada, hija, nada más que lo que tú me cuentas; pero se necesita ser tan... buena como tú eres para no sospechar...

Emilia. De qué, Pilar mía?

Pilar. De nada, Emilia, de nada. Solo te haré una advertencia. Cuando un marido, pasada la luna de miel, está muy cariñoso, muy solícito é inquieta su imaginación buscando medios para alagarnos, las esposas debemos desconfiar y ponernos en guardia: ó la traición está ya consumada, ó muy próxima á consumarse.

Emilia. Lo que dices me asusta.

Pilar. No lo sabías? Veo que el criar ha debilitado tu inteligencia de esposa. Puesto que tu marido tanto te mimó, ponte en guardia. Sospecha, puesto que te trata de encerrar, aunque con dulcísimo pretestos: y teme, por cuanto quiere alejarte de él, aunque muy disimuladamente. Ojo avizor, Emilia mía; sabes que te quiero mucho, que soy tu verdadera, tu íntima amiga, y por eso te he hablado con franqueza, de no te hubiera dejado en tu ciega confianza, para reirme interiormente de ti. Y á Dios, mi esposo estará esperando (para sí)—que principie el juego, ó á alguna moza—(alto) y á los maridos no hay que hacerles esperar.

Y colmando de caricias y de frases cariñosas á su íntima amiga, tomó el abrigo de sobre una silla y salieron. Se repitieron los besos las protestas de amistad á la puerta de la escalera y se separaron, llevándose la una el vacío, el descontento de sí misma que acompaña siempre á los envidiosos, quedándose la otra con la angustia que producen las sospechas.

Conclusión y última verdad, pero verdad grata, dulce, provechosa.

La mujer soltera no debe tener más amiga íntima que su madre.

La casada, que su marido.

La viuda... la viuda, generalmente ya sabe, como suele decirse, donde le aprieta el zapato y no necesita advertencias.

Francisco F. Villegas.

IMPRESIONES Y RECUERDOS.

A mi amigo D. Joaquín Bueno, Gobernador que fué de Salamanca.

Un cortejo de nubes coloradas dan el último

ac
m
m
ca
an
pa
na
sa
ga
el
lie
fra
tar
ve
tie
me
y l
M
agu
dos
á m
M
mos
de l
M
Arg
rio
feta
N
que
bela
que
dos
fué l
M
vale
se g
A
recu
ge v
Path
etern
lan
parec
Gréc
O
pald
en el
sábio
para
despo
Tic
de Ro
cen h
na; a
sus t
mundo
Ved
espaci
lonia,
destru
se ban
al imp
Tor
cubier
una id
das y
recier
Sob
profeta
un mis
De e
esbela
teabr
llenam
el libro
Ven
lleno d
mente
tierra
Pres
tes, en

adios al sol, que va á prodigar sus rayos á otro mundo que espera solícito su fecunda luz.

Nuestro horizonte [ya] se cubre con un manto de tinieblas; el aura modula una nota en cada rama que mueve, y depone un ósculo de amor en cada flor; que acaricia; las mil aves parteras cansadas ya de cantar al día sus tiernas pesadumbres, callan, para oír de la noche su místico concierto.

Sentado en las riberas del Tórnes, dejó vagar el pensamiento entre ruinas y flores, y oigo el gemido de los árboles, que cual hárpas dolientes, quejumbrosas, parecen repetir aquellas frases de Rousseau: «Momentos preciosos y que tanto hecho de menos ¡ah! empezad para mi otra vez vuestra agradable carrera; quedad por mas tiempo en mis recuerdos, si es posible que realmente lo hagais en vuestra fugitiva sucesion.»

Nada convida mas al recuerdo que la soledad y las ruinas de un pasado glorioso.

Mas, no es la patria, golfo bello de cristalinas aguas, puras, rizadas por la brisa de los recuerdos, ni sus deidades tutelares las que dan pábulo á mi pensar y son objeto de mis impresiones.

No se desliza á mi vista el Guadalquivir hermoso, que se revuelve prisionero entre riberas de flores.

No os voy á recordar á Herrera, Góngora y Arguijo, que en sus saltérios divinos cantaron al río que llora la ausencia de las hijas del Profeta.

No os recordaré á Bernardo Lopez, á esa flor que deshojó la pena y cuyo espíritu vaga por la bella Andalucía. Poeta de quien podré decir lo que otro del Kurdistan hablando de Antar: «Los dos hemos nacido en un mismo jardín, pero él fué la rosa y yo soy el espino.»

Mas la patria y sus delicias, sus hijas y sus vates, mejor que en la mente, dice un escritor, se guardan en el corazón.

Aquí errante el pensamiento, de recuerdo en recuerdo, de gloria en gloria, unas veces se finge volar por Atenas y veo aquella ciudad con su Páthnon y Academia desfallecida entre ruinas, eternamente arrullada por las olas, que se agitan y atropellan entre las islas griegas, que parece suspiran por la lira rota de la clásica Grecia.

Otra, me finjo ver á Roma levantarse á mi espalda, con sus cúpulas, termas, circos y foros, y en ella vagar las sombras de sus poetas, de sus sábios y tiranos, encontrando pequeña la tierra para tumba de su grandeza en poesía, ciencia y despotismo.

Tiendo la vista á los campos y á los campos de Roma me recuerdan: aquí restos, donde dicen haber llegado la estension de la ciudad eterna; acullá el Tiber que corre claro, llevando en sus tules de espuma la púrpura de la reina del mundo.

Veo cruzar como brillantes meteoros por los espacios de la historia á Tiro, Cartago y Babilonia, altos castillos que se derrumban al soplo destructor de los tiempos, torres de Babel que se bambolean y caen como obras que se levantan al impulso de la humanidad.

Torno los ojos á Elmántica, y en sus ruinas cubiertas de algas, de líquenes y acantos, veo una idea muerta en cada piedra, y en sus arcadas y pórticos criptas de instituciones que perecieron al compás de sus grandezas.

Sobre ellas parece oírse aquellas palabras del profeta Isaias: «Te sobrevendrán dos cosas en un mismo día: esterilidad y viudez.»

De entre tus ruinas se levanta la Universidad, esbelta y arrogante como la palma que Chateaubriand contemplaba en las ruinas de Roma, llenando con su fama los ámbitos del mundo y el libro inmenso de las glorias españolas.

Veo salir por sus puertas macilento, afligido, lleno de pesares, un hombre que anidaba en su mente la idea de romper la losa que cubria la tierra y ensancharla con un nuevo hemisferio.

Preséntanse á mi vista sus miles de estudiantes, envueltos en sus rotos manteos entonando

sus cantares y jolas ó esperando las horas de sus citas.

Y vienen á mi memoria los nombres proclaros de tus hijos con el de Villalar, día famoso en que segun Castelar hasta el cielo lloraba la pérdida de las venerandas libertades de Castilla.

Vuelvo los ojos á el río, y en su cristalina faz creo hallar la alegría del momento, en que un gérmano venció á el coloso que llevaba por diadema las glorias de Marengo, de Jena y Austerlitz, y ambicionaba ligar á la Europa á ley de su capricho.

Y doquiera la vista esparce sus miradas, vi recuerdos palpitantes de dias mas venturosos.

Ya miro las flores de Otea y del Zurguén inclinarse tristes sobre sus tallos, sintiendo la ausencia de algun sábio que huyendo del mundanal ruido compartia con ellas sus soledades.

Ya pienso oír los acordes del caramillo de Melendez, y á su música bailar las zagalejas y pastores de estos valles, nueva Arcadia inmortalizada por él. Valles hermosos que impresionan y hacen recordar á los poetas salmantinos, como nos haria el Tiboli recordar á Horacio y al autor del Orlando, que mas tarde habia de vivir en aquella granja.

Ya la aurora pronto iluminará estos sitios, y el sol para tí brillará dando con su luz compañía á tus tristezas.

Perdona si he venido á turbar tu sueño. Mas yo creo que una tumba no se profana por colocar una flor sobre su losa.

Siempre te diré con las palabras de Virgilio: *Yo te sabudo, tierra fecunda, tierra de Saturno, madre de hombres grandes.*

Matias Pastor y Garcia.

EL BARBERO DE TARASCON.

(Continuacion.)

II.

El cazador trepó por la montaña y pronto se encontró en presencia de José Sarda y de su rebaño. Este alegre y satisfecho salió al encuentro del barbero, quien le divertía con su alegre conversacion en cambio de alguna taza de leche, que el pastor le ofrecia de buena voluntad. José se puso muy diligente á ordeñar una de sus cabras, cuando Pedro, que así se llamaba el barbero le dijo de repente.

—Vas á ser soldado amigo mio.

El pobre cabrero se estremeció, dejó caer la taza, y juntando las manos con desesperacion, en tanto que gruesas lágrimas caian de sus ojos, exclamó.

—¿Es tal vez mañana? ¿Te han dicho eso en la ciudad?

—No: pero he oido á tu padre decir á Bertrand, que no era bastante rico para comprarte sustituto.

—Vah! si el quisiera, bien pedria comprar un hombre y aun dos sin gran trabajo: es que no quiere y no tiene otra cosa que decir: bien, dueño es de su dinero, pues que él lo ha ganado: pero ¿de que le servirá cuando ya no tenga hijos? añadió José sollozando.

—¿Luego tu padre tiene mucho dinero? le pregunto Pedro.

—Así de alto de monedas de ocho luises, dijo José levantando la mano al nivel de la rodilla: mi padre cree que lo ignoro: pero no soy tan bestia, dijo riendo como un idiota. Figúrate tu que una noche que él me creia dormido, le vi hacer un agujero detrás de la cabecera de la cama y encerró allí su tesoro, al que añade todas las noches alguna moneda. Es muy rico bahl! pero puesto que no me quiere redimir la suerte, me escapo por esos mundos de Dios; y como tengo tan largas las piernas, ya estaré lejos antes del día del sorteo.

—Guárdate bien de hacerlo José, dijo su interlocutor. ¿Donde podrias ir sin pasaporte? Además, inmediatamente que te cogiesen te fusilarian. Escúchame, yo tambien estoy en lista para el próximo sorteo y si soy soldado no me queda otro remedio que ir. Está pues tranquilo, que aprovecharemos la primera ocasion, favorable, que se presente para desertar.

El semblante del cabrero se iluminó de alegría al saber que Pedro podria ser su compañero.

—¿Y me llevarás de veras contigo, si tu desertas? le preguntó José.

—Si, le respondió el barbero: pero vas á jurarme que guardarás secreto: ¿me prometes no revelárselo á persona alguna? ¿de ser mudo como este matorral á cerca de todo lo que pase entre nosotros?

—Por el alma de mi santa madre lo juro, dijo el pastor con tono solemne.

Tres meses mas tarde á la hora del alba, dos soldados, después de haber atravesado el puerto de Palteras, caminaban en direccion de Ax. Eran Pedro y José que al cabo de algunos meses de servicio en los regimientos franceses enviados á España, habian conseguido realizar su plan de desercion. Por el día se ocultaban en las cuevas de las montañas, que les acercaban cada vez mas á la solitaria posada. Cuando estuvieron á corta distancia, Pedro mandó hacer alto y encargó á su camarada, que se habia puesto con facilidad bajo su dominio absoluto, que fuese á pedir pan y leche á los cabreros conocidos suyos: lo que hizo este ciegamente. Cuando vino la noche dijo el barbero que era preciso ir á casa del padre Sarda á quien espondrian su situacion para procurar obtener de él algun recurso, que les permitiese llegar á Andorra donde encontrarían trabajo: pero Pedro simulando que cambiaba de parecer manifestó que seria mejor, que fuera él solo, para no esponer á José al primer choque de la cólera paterna.

En el momento de partir pidió á José le prestara su cuchillo para defenderse, si habia necesidad, contra el perro del guarda y tambien el pañuelo que ceñia su cabeza. Los dos objetos le fueron entregados sin desconfianza.

Una hora después Pedro estaba de vuelta. Si José hubiera sido un poco perspicaz, hubiese notado la profunda alteracion del semblante y de la voz del barbero, cuando éste le contó, que el posadero habia estado inflexible y que no habia podido obtener de él otra cosa, que el trage de pastor, que servia en otro tiempo á su hijo: Pedro añadió, que era preciso, que José se lo pusiera y se fuese inmediatamente á ocultar en la montaña, porque los gendarmes les iban á los alcances: que su reciproca seguridad exijia que cada uno se fuese por su lado, él volveria á pasar el puerto y se meteria en Andorra. Entonces el pobre José conmovido del pesar de separarse de su camarada se arrojó á su cuello llorando, Pedro le separó con una vivacidad casi brutal: después repentinamente cojió la mano del cabrero y la colocó sobre su pecho como para comprimir las palpitaciones, que le agitaban tumultuosamente.

—Eal á Dios! dijo con un penoso esfuerzo, sea de cada uno lo que Dios quiera: escapa si puedes á la accion de la justicia, José: pero no olvides tu juramento, tu madre lo ha oido desde allí arriba.

Y cada uno de los dos jóvenes caminó en direccion opuesta.

(Se continuará.)

P. Sanchez Ledesma.

...indiv...
...los
...de hacer
...como por
...y plazas de

VARIEDADES.

ODA.

VIDA SERENA.

Lejos, lejos de mi el cruel hastío
Que la vida envenena;
Hoy se alza el sol del pensamiento mio
Por el aura serena.

De la existencia el mágico torrente
Corre entre mirto y flores;
¡Cuán inundan mi pecho, cuál mi frente
Divinos resplandores!

Nunca ha alterado mi apacible calma
Sed de mando ni oro;
Libre es mi corazón, libre mi alma,
Libre el estro sonoro.

Cuando el pájaro canta en los vergeles
No al vano aplauso aspira;
¡Cuán breves son los frívolos laureles
Porque el mortal suspiral.

Frugal manjar y en cristalino vaso
El agua trasparente
Bastan para llegar al árduo ocaso,
Con no turbada frente.

Y, en la mansion callada y escondida,
Ver como ván las horas
Deslizándose en paz no interrumpida,
Cuál las ondas sonoras.

¡Qué á mi las luchas de la armada gente
Por cuanto el mar abarca
Ni del tribuno la palabra ardiente
Ni el cetro del monarca!

Del imprevisto popular tumulto
¿Qué temo ni qué espero?
¿Qué del alevé conspirar oculto,
¿Qué del airado acero?

¡Oh selva, oh flores del ameno valle,
Alta y serena luna!
Que la paz en vosotras siempre balle,
Como la hallé en la cuna.

Y al inclinar la frente desmayada,
Cual flor del hielo herida,
La reciba en la tumba sosegada
La tierra bendecida.

¡Oh paz del corazón! cual de arpa santa
Al cielo tu himno sube,
O como desde el ára se levanta
De incienso pura nube.

Manuel Villar y Macías.

Pascando no hace muchas tardes por el *Rollo*, encontramos unos papeles muy doblados, metidos en un sobre, y escritos en malísima letra, casi imposible de descifrar.

Cuando llegamos á casa, nos pusimos á interpretarlos como Dios nos dió á entender, y leímos el siguiente curioso diálogo, en forma de catecismo, que parece, en verdad, la obra de un loco ó de un maniático.

¿Qué es Policía urbana?

—Un conjunto de reglas escritas para el buen régimen y gobierno de las poblaciones, especie de utopía que no se realizará nunca en ciertas localidades.

—¿Qué entiende V. por Derechos individuales?

—La facultad ilimitada que tenemos todos los ciudadanos y ciudadanas de hacer cuanto se nos ponga en el magín, como por ejemplo: verter aguas limpias y sucias en calles y plazas de día

y de noche; arrojar desperdicios de frutas y de otras cosas peores en las aceras para que el prójimo se rompa la crisma: obstruir el paso del público formando tertulias en las mismas aceras; ir cargados por las mismas y por los soportales no pocos bípedos y cuadrúpedos con baules, maderas, barras de hierro, leña, carbon y demás comestibles, para sacar un ojo al transeunte ó abrirle el cráneo suavemente; ensuciar-se los niños y los adultos en las calles y plazas de mas tránsito, sin dada para perfumar el barrio; colocar innumerables tiestos y macetas sobre los hierros de los balcones y en el hueco de las ventanas, con peligro inminente de los que pasan, y regarlos á todas horas bautizande al prójimo y estropeándole los vestidos, etc. etc.

—Y diga V., ¿hay algun medio de evitar y corregir esos y otros muchos abusos que no deben tolerarse en ningun pueblo culto, y que serian de mal gusto, aun en Nápoles, Marruecos, Pekin y Constantinopla?

—Si, señor; debe haber muchos (en mi pobre opinion)

—¿Y porqué no se emplean?

—Vélay V.; será por esto, por lo otro y por lo de mas allá.

—¿Qué son Ordenanzas municipales?

—Unos papeles mojados, impresos y repartidos á domicilio hace muchos años, pero que están en desuso desde el mismo día de su publicación, y por ende no se cumplen, segun dice el Albeitar de mi lugar.

—¿Y porqué no se cumplen?

—Eso no me lo preguntéis á mí, que soy un zote; bachilleres y licenciados y doctores y aun doctos habrá por esos mundos de Dios, que os sabrán responder.

No se cumplen... porque nó, y esta me parece una razon que no tiene vuelta. ¿Acaso se cumplen mejor otras cosas muy buenas que se han escrito y escriben para cierta nacion que yo me sé y V. no ignora?

—De modo que esas platónicas Ordenanzas á que V. alude son como aquellas pragmáticas de que hablaba el Ingenioso hidalgo cuando aconsejaba á Sancho lo que debia hacer en el gobierno de la famosa insula Baratária?

—Ciertamente, señor mio; ¡pues poquitas insulas Baratarias hay por acá!

—¿Querrá V. decirme qué es Autonomia?

—Aplicada á las personas, es lo propio que derechos individuales, ó yo soy, con perdon de V., un camueso. Pero pudiera anadir aqui alguna cosilla, pongo por caso: la facultad que asiste á todo vecino é hijo de idem de tener cebaderos de cerdos, (con perdon sea dicho,) depósitos de inmundicias y almacenes de materias inflamables y aun explosivas en el interior de las poblaciones y en las calles mas céntricas; la de abrir (y lo que es peor llenar) pozos inmundos en los corrales, sin duda para desinfectar las casas de los vecinos, la de obstruir el paso en ciertas calles con muebles y trebejos, só pretexto de limpieza, blanqueo etc.; y por último la de hacer cada cual todo lo que está ó debe estar prohibido en las susodichas Ordenanzas municipales (Q. E. P. D.) Otrósi: se me olvidaba decir que ciertas gentes cenan en los asientos de los paseos, con el santo propósito de que los que vayan á sentarse despues no se manchen los vestidos.

—Y dígame V., todas estas cosas y otras muchas que se calla, pero que deja traslucir con tantas reticencias, ¿se oponen en poco ó en mucho á la salubridad é higiene públicas y aun privadas?

—Si, señor; y vaya si se oponen; pero por lo mismo se consienten. Por aqui sabemos mucha Lógica, y así se explica que hagamos casi siempre lo contrario de lo que debe ser, aunque lo mande el mismísimo *Sursum corda*. Tales, desde el Diluvio acá, el rasgo distintivo de nuestro carácter, ó sea la idiosincrasia ó temperamento con que vamos progresando, viviendo y engordando...

Por este estilo seguia el manuscrito aglomerando disparates sobre disparates, lo cual nos hace creer que pertenecía á alguno de los infelices enagenados, que hallamos, poco antes de encontrarlo, en el mismo paseo del *Rollo*.

Teatro del Liceo. En la funcion de *Las Nueve de la noche*, tuvimos el gusto de admirar á la bella actriz que desempeñó perfectamente su papel de *Maria*. Así como al Sr. Vi la que estuvo á la altura de su reputacion como aficionado.

Lo que deploramos son las *lecencias del capitán*.

La concurrencia no estuvo en armonía con el mérito de los zarzuelistas.

¡Cantan tan bien!...

¡Pero señores!... Aquel Jardín Botánico que ustedes saben está pidiendo clemencia á Dios!

No sería conveniente que en Salamanca tuviésemos un buen jardín y un buen invernadero, en un sitio mas á propósito que en donde hoy existe?

¿Cuando llegará el dia que en esta poblacion se lleven á cabo las reformas necesarias y no tengamos que estar siempre denunciando *lástimas*?

Dios lo remedie todo.

CHARADA.

Mi primera con tercera

Hombre fué de gran valor,
Que aun muriendo miserable
Es del mundo admiracion.

Mi segunda con primera

Es nombre de un animal,
Y que muchos en el mundo
Nos lo solemos llevar.

El todo, si bien te fijas

Fácil está de acertar;
Pero es mal, que el que lo tiene
No lo puede remediar.

Dos aficionados A. R. C. G.

Solucion á las charadas del número anterior.

1.^a

Lo que ayer tarde te di
y lo que hoy tambien te daba
era una dádiva, ó sea
el todo de mi charada.

2.^a

Una villa veneranda
Y en la cual no nace un tonto...
Lo has adivinado pronto?
Es claro... si... es *Peñaranda*.

ANUNCIO.

VENTA DE UNA CASA.

Se vende la señalada con el número 45, calle Ramos del Manzano. En la misma darán razon. 4—3.

SALAMANCA:

IMP. DE LA V. DE VAZQUEZ É HIJO,

calle de la Rua, núm. 57.